



APUNTES DE MÁS ARRIBA

*A Paloma Falcó, que no comprende
vivir en el monte, si no es para cazar.*

Con la vista elevada.—En la cumbre, la cruz, la redención altiva. A veces el hombre es la mejor cruz para una cima. Con los brazos extendidos se empapa de luz de cielo y de alma de tierra. En su pecho, como aspas de molino, convergen la emoción, la paz, el amor... En el altar de la montaña, comienza una redención para el cuerpo.

Goyan Bego.—Esta cruz de piedra se yergue por un muerto. Aquí se le abrió a nuestro compañero el abismo que todos llevamos a nuestros pies. Y el Angel de la Guarda voló hacia el sol, como una golondrina. Esta revolución universal de vida que es el deporte, tampoco puede vencer a la muerte. Los muertos por la santa causa del deporte, descansan en paz.

Noche sonora.—Desde San Lorenzo, los pastores al anochecer, ya no recogen los rebaños. Cuando declina la tarde, los mandan hacia los pastos de la cumbre. La noche entera se siembra de esquilas, que suenan dulcemente; parece que el esfumado tintineo desciende del rebaño de las estrellas. Un sinfín de esquilas cuelga del cuello de la noche; cada manso animal es un campanario de juguete. La luna se levanta como una hostia amarilla.

Sombras.—De la bruma surgen los pastores con paso largo, y vuelven a desaparecer en la niebla. Pero dejan en el aire su canción, detrás de ellos, colgada en el silencio. La melodía se va apagando poco a poco. Ya no queda más que la mudez de la niebla. Todo se hace etéreo y borroso; vivimos entre fantasmas. ¡Misterio! porque los ojos del monte se han cegado!

Atardecer.—Los rebaños de ovejas se van estrechando, y se alargan en rosarios de cuentas blancas. Los claros rosarios caminan por los senderitos que cuelgan de las laderas; las gargantas de las peñas se adornan de collares blancos. Balan, balan con trémolo plañidero de órgano viejo. El pastor en cambio lleva puesto un silbido seco entre sus labios magros; cuando lo escupe, el silencio se estremece como si le

hubiesen dado un latigazo. El rosario blanco se pierde al son del trémolo mañoso.

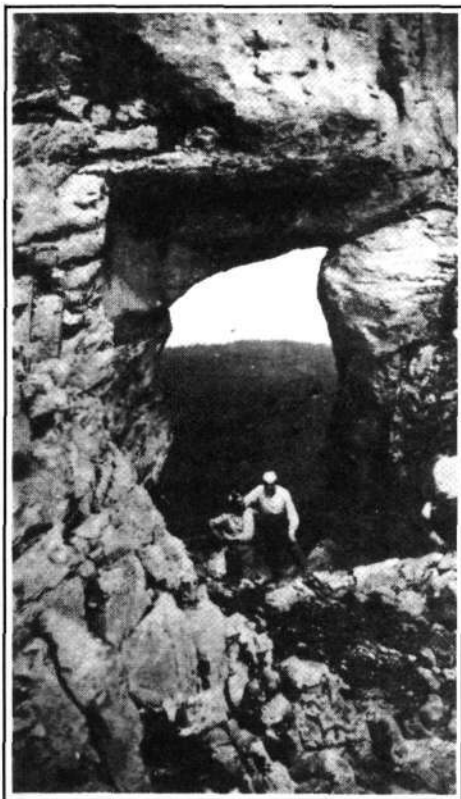
Bruma.—La bruma da profundidad. Los bosques se hacen sagrados, infinitos; los precipicios se hacen infernales, sin fondo. La bruma imprime fausticidad al ambiente. Los árboles de la barranca, se hacen misteriosos, poéticos, como los de los sueños de las noches de Navidad. El humo azulado que despiden los *txondares*, hay un momento en que parece venir de la entraña furiosa de la tierra, pero luego se estiliza, y se duerme en pie, y yo me pregunto si se habrán perdido incensarios en el bosque.

Inquietud en la noche.—Viento, lluvia, cabalgata de nubes. Cuando íbamos a ponernos a cenar, el amigo se ha escapado a la cumbre más alta. No nos hemos dado cuenta, hasta un rato después, de que ha partido. Le gusta vagar por entre el misterio y lavar su rabia con la soledad. Pero nos ha llenado de inquietud, porque sabemos que el monte es a veces vengativo. Hemos salido del albergue, y le hemos llamado con un grito largo que se ha hecho muy lúgubre. Este grito llamando al descarriado, nos ha llenado de congoja; un grito en la noche nos parece siempre de mal agüero. Hemos ido en su busca con un farol, que resplandecía temeroso, como si hubiese creído que andábamos conspirando. Y el amigo ha llegado cantando. —«¿Por qué has hecho eso?»—«Me he puesto de mal humor; he subido hasta la cumbre y se me ha pasado.»

Nocturno.—Hace frío; hemos encendido el llar. Después de cenar, leemos en silencio. Fuera, el viento alborota en las copas de los árboles. Los dos hijos pequeños del ama, se han acostado en un rincón del refugio. Rezan en euzkera. El mayor recita la oración de la noche, para que la repita el pequeño. Pero éste no dice más que las últimas sílabas de las preces, con eco soñoliento. Y se han dormido en silencio. A las doce en punto, el más pequeño ha soñado en alta voz.

Balidos.—¡Qué estúpido es el balido de la oveja! ¡Siempre tan plañidero, tan desfallecido! No es humilde, es un quejido de resignación voluntaria. Dejan caer la voz, cual si fuese cosa de ninguna importancia. Las ovejas se pierden por la garganta. En este mundo no se puede dejar caer la voz; hay que levantarla hasta un grado prudencial. Ni como la oveja, ni como el gallo; el *do* de la sabiduría vocal está en un punto medio de la escala.

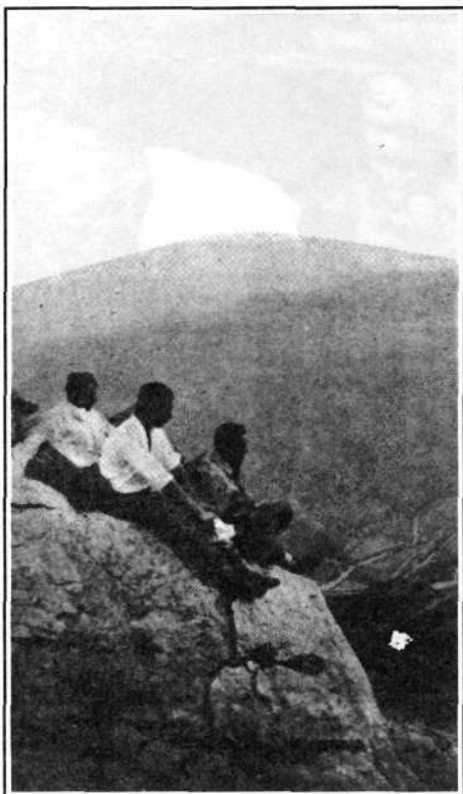
Bautismo.—En un pozo de agua cristalina, que hay junto al nacimiento del río, nos bañamos todas las mañanas. Nos metemos en él. Frío terrible. Los estó-



La puerta de Atxular en el macizo de Itxina (Gorbea)

magos se encogen. hay más sitio para el corazón. La amistad se expende por todo el cuerpo. El agua fría limpia el cuerpo y el alma de malos humores; es un gran bálsamo reconciliador.

Meditación.—Junto a este lago diminuto, es donde meditamos un poco todas las mañanas. En lugar escondido, entre peñas agrestes y hayas de raíces desnudas, surge el riachuelo de una gruta maravillosa. Corre como si fuera de juguete, forma un pozo de relativa profundidad, y sigue su curso saltando, haciendo un glú-glú adormecedor. Hay arroyos que se aburren y arroyos que se divierten; el nuestro es de estos últimos. Cantarín, envía sus notas a nuestras cabezas, envolviéndolas en telarañas armónicas. Entonces, se piensa y no se piensa. Esto es meditar.



Atalaya en la montaña (Gorbea)

Grafomanía.—Los alpinistas han manchado las paredes, pintorroteándolas de nombres y más nombres. ¡Qué afán de que todo el mundo se entere de que habéis subido hasta aquí! Queremos que subáis a los montes, pero queremos también que los muros que hay en las cumbres no estén embadurnados carnavalescamente, y deseamos sobre todo, que queden anónimas vuestras pequeñas hazañas. No es un mérito subir a las montañas de la patria; es una obligación.

Vuelo.—El buitre es el pájaro que mejor se mueve en el espacio. Es majestuoso, señorial, y planea con reposo beatífico. Se lanza pausadamente, sin precipitaciones, se apoya en el vacío y permanece quieto, como incrustado en el firmamento. Tiene sombra además, una sombra que no está nunca parada, que le sigue por la tierra mientras el vuela por el cielo. Tumbado en la cumbre, los ojos descansan contemplando la paz grande de los buitres.

Contemplación.—Me hallo en el punto más alto de Vizcaya. En Vizcaya todo es relativo, hasta la altura. A mi llegada a la cima me he encontrado con tres buitres enormes, como corderos, tomando el sol. Con despreocupación de grandes señores, al verme, han emprendido despacio un vuelo verdaderamente burgués.

Ahora vuelan por encima mío, como dejando caer su bendición. Ya estoy solo. Arriba el sol, único habitante en el firmamento; a mis pies toda Vizcaya hasta el mar... ¡Sur! El Sur es viento para los ojos. Todo resalta; las cosas más lejanas se acercan, los contornos tienen una mayor nitidez. Todo se ve, se distingue, se palpa con los ojos. Es un viento material, atrocemente antiespiritual. Inquieta, muerde el alma, levanta un vendaval de desasosiego. El viento Sur deshoja la rosa del alma.

Tierra aureskulari.—Verdaderamente nuestra tierra es una inmensa romería de cimas, picos y peñas. Parece que celebran una gran festividad bailando a lo suelto. El Sur ha sacado de sus escondrijos a los más pequeños promontorios, a las colinas más diminutas, vistiéndoles de oro y colorines. El Anboto, reclinado muellemente, se nos figura una enorme vaca tumbada, haciendo arrumacos con la cabeza; más allá, el Aitzgorri se lanza como una ola rota, cual queriendo arañar el cielo. Las demás todas bailan, con agilidad desenfrenada, al son de un tamboril invisible. Hasta que llegan al mar, y allí los montes se derriten en playa, bucean, llegan hasta el fondo del océano.

Infantilismo.—Mientras estoy sentado en la cumbre, un *gorrin-gorri* me sube cautelosamente por la pierna. Yo, para animarle, le canto como cuando era niño. Al llegar a la rodilla, se echó a volar, para volver a emprender otra vez la misma ascensión. Ha hecho lo mismo cuatro, cinco, no sé cuantas veces. Me ha conocido; ya sabe que soy un infeliz.

Senderos.—Los senderos del monte saben andar diestramente; parecen contruídos por los zorros. Caminan arrastrándose siempre como culebras de color canela; se les sigue y cuando menos se piensa desaparecen. ¡Y pensar que el instinto del hombre los ha creado! Un paso hoy, y el paso de otro pie pasado mañana, han ido trazando estrechas calvas en la arena, hasta que el sendero ha surgido. ¡Milagro del caminante! Por arte de prestidigitación, los pies van sacando caminos de la nada, como quien extrae cintas de un sombrero de copa. Decididamente, son más inteligentes que las manos.

Descenso.—El pecho fuerte del monte tiene un mechón enmarañado de hayas; sus hojas, enjambre de lenguas verdes, gorjean. De allí surgen los tres amigos, por entre la alegría luminosa de aquellos árboles, salen; sus risas primero, guiando los cuerpos que vienen en pos.

Pisando hierbas y musgo, las albarcas gemelas, avanzan trenzando pasos en el aire. Tres de ellas, rezagadas, quedan mirando al cielo con sus talones. mientras las otras tres, decididas, se adelantan, retando al sol con sus punteras.

Los brazos extendidos de los amigos se agarran unos con otros, como troncos correosos de viñedo. Tres cruces enlazadas parecen, que abandonando sus calvarios, avanzan monte abajo; tres cruces de carne, dando paz con sus brazos abiertos, invitando a la gran Amistad de los hombres.

Por sus brazos encadenados corre, de punta a punta, la corriente de la fraternidad; por sus cuerpos erguidos asciende la corriente de la alegría hasta brotarles de la boca, y en sus pechos descubiertos, los tres corazones cantan al compás, porque la montaña redobla para ellos su tamboril silvestre.

Y la brisa mañanera, que baja brotando mansamente de la cima, impele el rumbo de los tres amigos, mástiles de alas desplegadas, carabelas de alianza, deslizándose por la ola del monte.

Igiriñao (Gorbea). Fin de Agosto, 1928.

MANUEL DE LA SOTA.

(Ilustraciones del autor).